

Mano de hierro, guante de seda

Olivia destensó la goma que contenía su abultada agenda negra, repleta de papeles y notas sueltas, para confirmar de nuevo la hora. Empezaba a impacientarse. La copa de vino blanco que había pedido para no sentirse incómoda mientras esperaba seguía intacta. No le gustaba beber en comidas de trabajo; de hecho, casi nunca lo hacía, pero en aquel restaurante, repleto de gente elegante, no se le ocurrió nada más apropiado que pedir cuando el camarero se plantó solícitamente frente a ella. Todas las mesas estaban ocupadas en aquel comedor diáfano y, aunque existía espacio suficiente entre ellas para no convertirse en un lugar bullicioso, el murmullo de las conversaciones acrecentó su nerviosismo.

—14:30 h. Javier. Foravent —leyó moviendo los labios en silencio para acabar torciéndolos en un mohín.

Odiaba que le hicieran esperar. No sólo le parecía una falta de respeto, sino también una muestra de poca seriedad, una demostración de que esa persona podría fallarle en cualquier momento. Si no era capaz de llegar a tiempo a una cita, ¿cómo podría cumplir sus compromisos con la editorial?

Había elegido ese restaurante no para impresionar a Javier, sino como un premio por la eficacia que había demostrado en su último encargo; una traducción impecable de un libro bastante complicado sobre realidad cuántica. Apenas se habían visto desde que empezó a trabajar para *Venus Práctica* hacía poco más de un año. Sus contactos eran siempre vía e-mail o telefónica y Olivia pensó que había llegado el momento de afianzar su relación labo-

ral, antes de que fichara por cualquier otra editorial de tarifas más generosas. Además, tenía algo importante que ofrecerle y la ocasión bien merecía un entorno como aquel.

«Tengo que relajarme», se dijo a sí misma mientras pasaba distraídamente las hojas de su agenda Moleskine en un intento por esquivar la mirada del camarero. La interpretó como una señal de impaciencia, por ocupar inútilmente una mesa en hora punta, pero en realidad era una mirada de admiración. Olivia era una mujer guapa, con una clase de belleza poco convencional. Tenía piel de alabastro y sus facciones sugerían algo exótico y remoto. La nariz era pequeña y bien perfilada. Los pómulos altos. Sus grandes ojos negros eran poco comunes: algo separados y enmarcados por unas pestañas espesas y oscuras, emitían destellos continuamente. Su melena era corta, de color castaño oscuro, con un ligero ondulado que le rozaba las mejillas. Aquel día iba maquillada de forma muy natural. Llevaba un vestido negro de seda sin mangas y encima una chaqueta de cachemir gris perla, tan fina como su propia piel.

Sentada junto al ventanal que comunicaba con el frondoso jardín que daba entrada al restaurante, Olivia se distrajo observando un gato negro que trepaba por la enorme enredadera malva que cubría el muro. Tras él, el imponente edificio de mármol blanco de la editorial le recordó todo el trabajo pendiente que le esperaba ese día y de nuevo se sintió molesta por la espera.

Sacó una pluma de su bolso y decidió invertir el tiempo repasando las tareas de la semana. Sonrió divertida al ver la frase que ella misma había anotado, con su perfecta caligrafía, a modo de programación.

Soy una buena excelente editora, donde pongo el ojo hay un *best seller*.

Tenía esa costumbre: cada lunes escribía una distinta en su agenda y solía repetírsela de vez en cuando, a modo de mantra, para

infundirse valor y confianza. Lo había aprendido en un curso de control mental y, aunque no siempre confiaba en esa técnica, le divertía.

Absorta, acodada en la mesa y con el mentón entre sus manos, repitió la frase en voz bajita un par de veces, sin advertir la presencia de la persona que la observaba desde arriba y le tendía una foto.

Sin variar su posición, pero levantando la cabeza, Olivia se encontró con dos ojos verdes que la miraban divertidos. Durante unos segundos no reconoció a aquel joven de aspecto desenfadado y pelo castaño, pero identificó al momento la imagen de Jon Sunman, rodeada con un corazón, que sostenía en su mano.

—¿Es tuyo este hombre?

—No, no es mío... —dijo Olivia con tono condescendiente, entendiendo al momento que había volado de su agenda.

—Vale —contestó él, sonriendo con los ojos y torciendo los labios en una mueca, mientras dejaba la foto sobre la mesa y ocupaba la silla de enfrente.

—Quiero decir... —continuó ella, turbada al reconocer por fin a Javier— que él no es mío, que no es...

Se sintió estúpida por la aclaración y estuvo a punto de añadir que sólo era la foto del autor de su próximo *best seller*, pero se calló al notar cómo sus orejas se enrojecían. El corazón dibujado alrededor de aquel retrato parecía obra de una quinceañera y no de una editora seria.

—¿Y bien? —acertó a decir Olivia, con tono de reprimenda, esperando una explicación o una disculpa por el retraso, y camuflando así su turbación con enfado.

—Bien, gracias. ¿Y tú, Olivia? ¿Qué tal estás? ¿Rastreando algún *best seller*, quizá?

Javier dirigió la mirada hacia su agenda, mostrando abiertamente que había leído la frase antes de que ella se percatara de su

presencia. Olivia cerró los ojos un segundo tratando de contener sus palabras para no soltar algún improperio a ese hombre maleducado y tardón.

—Llegas tarde.

—Lo siento... pero desde que no permiten dejar las bicicletas en farolas, señales o árboles, se ha puesto muy complicado aparcar en Barcelona.

—No importa —dijo ella con un tono más conciliador.

Acababa de recordar que había adelantado la hora para sincronizarla con el reloj de la editorial y se sintió avergonzada por la regañina... Pero había algo en aquella mirada de gato y en el tono burlón de su voz que conseguían exasperarle.

A Olivia no le costó mucho llamar la atención del camarero para que les trajera la carta, y después de dejarse aconsejar sobre los platos de temporada, los dos pidieron lo mismo: *risotto* de setas con foie y suprema de merluza con naranja y caldo de verduras.

A pesar del accidentado inicio, la comida transcurrió de manera agradable. Javier se interesó por las novedades editoriales del sello y Olivia le puso al día con entusiasmo de sus proyectos y de las obras extranjeras que había conseguido en la feria del libro de Frankfurt. Reservándose la noticia bomba para el final.

Mientras los dos charlaban animadamente, un viento suave y pertinaz acariciaba las buganvillas y los sauces del jardín, mientras la luz tenue del mediodía otoñal se filtraba a través del techo traslúcido del restaurante, tiñendo la estancia de un inusual tono dorado. Olivia se olvidó durante un rato de todas sus obligaciones y deseó que la velada se alargara más allá de la sobremesa.

La primera impresión que Olivia tuvo de Javier es que olía a ropa recién planchada y a cítricos. Su estilo era desenfadado, vestía tejanos azules y camisa blanca. Le pareció una persona fresca, de respuestas rápidas y frases ingeniosas. Pensó que su inteligencia se

debía probablemente a la cantidad de maestros y gurús que había traducido.

Todavía ignoraba lo descreído que era en esos temas y lo mucho que despreciaba a algunos de ellos.

Él era muy distinto a otros traductores de aspecto lánguido y mortecino que Olivia conocía y que solían presentarse en la editorial, después de días de encierro para acabar algún encargo a tiempo, con la mirada vidriosa y arrastrando las palabras al hablar.

Javier recordaba también la primera impresión que tuvo de Olivia, hacía poco más de un año. «Una niña mona que se cree el centro del universo», pensó. Sin embargo, le impactó la seriedad con la que se tomaba su trabajo y la forma que tenía de tratar a sus colaboradores: como si les estuviera encomendando una difícil misión, que sólo ellos podían resolver de la mejor manera. Eso sí, era exigente e inflexible con los plazos de entrega. A él le había llamado para traducir un libro sencillo de autoayuda, de esos en los que «alguien se cree con derecho a decirte lo que tienes que hacer para ser feliz y te da sus recetas infalibles». A Javier le gustaban esos libros porque no presentaban ninguna dificultad. «Literatura fácil —solía decir—, llegados a la página quince, el resto es pura repetición: las mismas ideas con palabras parecidas.» Por supuesto, se guardó siempre esa opinión ante Olivia, por educación y por interés propio. No era muy inteligente morder la mano de quien le daba de comer; y, además, se notaba a leguas que esa chica admiraba a todos esos autores y gurús de la autoayuda.

Durante el postre, Olivia —que para entonces había apurado su copa de vino por tercera vez— sacó la sorpresa de su enorme bolso de piel estilo *vintage*.

—Jon Sunman —leyó Javier tomando entre sus manos el libro que Olivia había depositado sobre la mesa—. *The Seven Suns of Happiness*.

A Javier le impresionó la cara iluminada y la sonrisa radiante

que le dirigía Olivia, impaciente por conocer su veredicto. Pero él no supo qué decir ni quién diablos era ese tal Sunman.

Era la primera vez que oía hablar de ese tipo. No sería la última...

«Absolvamos a nuestros lectores de lecturas inútiles.» Ése era el lema que Olivia había aprendido de Ricardo Boix, el director editorial de *Venus Práctica*, el primer día que aterrizó en aquel edificio de mármol blanco que se alzaba orgulloso en uno de los barrios más elegantes de Barcelona. Había pasado mucho tiempo desde entonces. Ahora acababa de cerrar una negociación con una prestigiosa agencia literaria para un más que probable *best seller*, y poco quedaba ya de la jovencita inexperta, recién licenciada en filología española, que diez años atrás se había presentado con su currículum ante el gran editor de libros inspiradores y de autoayuda.

—¿Por qué tendría que contratarla a usted y no a una de estas personas? —le había preguntado señalando con la barbilla una enorme pila de folios, mientras ojeaba por debajo de sus gafas cilíndricas de metal dorado el currículum de Olivia—. Cualquiera de éstos es mejor que el suyo. Máster en edición y dirección editorial, diez años de experiencia en Cúspide...

Su intencionado tono ofensivo no logró que ella se rindiera.

—Porque hoy es dos de junio, yo soy Escorpio y usted lleva puesta una corbata verde —contestó Olivia con voz pausada y firme, deteniéndose en cada palabra para enfatizar la gran importancia de lo que estaba diciendo.

Ricardo levantó la cabeza, se ajustó las gafas y miró por primera vez a la chica de curiosos ojos negros que tenía delante. Aquella mirada fija y desafiante le pareció un gazapo en aquel rostro dulce y pueril. Lo mismo sucedía con su voz; demasiado grave para ser tan joven, demasiado seria y autoritaria para la estupidez que estaba pronunciando.

—¿Qué tontería es ésa? —contestó Ricardo rectificando su sonrisa y recomponiendo su semblante serio. A pesar de haber tratado con los autores más estridentes y excéntricos del país, a esas alturas de su carrera profesional no estaba dispuesto a dejarse tomar el pelo por una jovencita.

Olivia continuó con la mirada fija en el rostro arrugado de aquel hombre, y en aquellos diminutos ojos azules detrás de sus enormes gafas de Lennon. Aunque no llegaba a los sesenta, todo en su aspecto lo contradecía. Dos grandes líneas de expresión paralelas surcaban su cara desde las comisuras de los labios hasta la barbilla, y a Olivia le recordó a esos autómatas de feria que abren y cierran la boca accionados por hilos. Aquella idea le hizo sonreír y le ayudó a relajarse.

—Los dígitos del día de hoy, dos del seis de dos mil —se apresuró a explicar Olivia— suman entre sí mi número de destino. Eso significa que es un día favorable para mí, que puedo conseguir lo que me proponga, como superar con éxito esta entrevista y obtener el puesto... Usted es Tauro, he visto su fecha de nacimiento en algún libro suyo, y yo Escorpio, un tándem ideal para los negocios, las nuevas empresas y la consecución de objetivos difíciles... Sí, seguro que todos esos currículos son buenísimos, con todos esos másteres carísimos y años de experiencia en empresas líderes del sector, no lo dudo. Pero... ¿cuántos de ellos tienen hoy su día favorable?, ¿cuántos de ellos son Escorpio? No me creo que usted, señor Boix, editor de los mejores libros esotéricos de este país, esté dispuesto a pasar por alto detalles tan importantes en sus candidatos.

Olivia se detuvo unos segundos tratando de calibrar el impacto de sus palabras, antes de continuar:

—Además, esta semana tenemos a Venus en Escorpio y, ¿cómo se llama esta editorial? Venus Ediciones. ¿Coincidencia? No lo creo. Cualquier persona que haya leído uno sólo de sus libros sabe que la casualidad no existe.

—Aprobada en numerología y astrología... —la interrumpió Ricardo secamente, tratando de ocultar su entusiasmo ante la es-

trategia de aquella chica por sobresalir de un rebaño académicamente mucho más preparado que ella. Si algo necesitaba la editorial era más empleados entusiastas y creativos, que creyeran en todos esos temas que publicaban y mimaran los libros como si atesoraran grandes secretos a punto de ser revelados.

—Sus argumentos son muy convincentes, pero no pensará que voy a contratarla sólo porque hoy es «su día favorable» y tenemos horóscopos afines, ¿verdad? ¿En serio cree que está preparada para el puesto?

—*Si puedo imaginarlo, puedo conseguirlo* —contestó Olivia citando el título de superación personal más reeditado de la editorial.

—Notable alto en autoayuda, pero todavía no me ha explicado qué maravillosa relación hay entre mi corbata verde y su admisión en Venus Ediciones.

Olivia sonrió para sus adentros consciente de que sus palabras habían impactado a aquel viejo editor y despertado su curiosidad.

—Llevo semanas programando este encuentro, visualizando en ondas alfa esta entrevista en la que usted acaba contratándome... y siempre me lo he imaginado con una corbata verde.

Ricardo no pudo evitar una sonora carcajada ante la respuesta de aquella chica. Sin duda se había estudiado la lección. Acababa de remitirle a otro gran éxito de la casa: *Programe su vida para el éxito en ondas alfa*.

—No se resista. Soy la persona que necesita para el puesto... Además, no tengo novio, ni amigos, ni familiares en Barcelona... Estoy deseando echar el ancla en un trabajo absorbente en el que pueda invertir todo el día y ser muy productiva. Soy una joya, se lo aseguro. No se arrepentirá.

Y así había sido. Desde aquel día hasta el momento de su jubilación, justo dos meses atrás, Ricardo Boix no había dejado de repe-

tirse la suerte que había tenido al contratar a Olivia. Aquella chica era un soplo de aire fresco en una empresa demasiado burocratizada. «A éstos les da igual producir libros que tornillos», había protestado alguna vez con desesperación. Con Olivia era distinto.

Al principio, desconocía el mercado de los libros de autoayuda y muchos temas le sonaban a chino, pero aprendía rápido y suplía sus carencias con entusiasmo y dedicación.

Diez años después, estaba más que preparada para sustituir el vacío que dejaba Boix tras su merecido retiro. Sin embargo, la empresa no estaba dispuesta a dejar tan fácilmente el departamento en manos de una mujer joven e impulsiva como Olivia. Antes debería pagar un costoso peaje: encontrar un *best seller* que diera cierta solvencia al sello y le permitiera acomodarse en la silla del director editorial. De lo contrario, el jefe de exportaciones, un cincuentón con tres décadas de fidelidad a la compañía, vería ampliados sus dominios con una nueva porción del pastel bajo su mando. Aunque éste no era el rival que más preocupaba a Olivia. Había otra aspirante a la dirección de *Venus Práctica* mucho más peligrosa: Malena, la editora de *Venus Noir* que compartía planta con Olivia. Los libros que ella editaba eran ejemplares caros, ediciones muy cuidadas pensadas para dar prestigio a la firma. Sin embargo, su escasa comercialidad estaba empezando a dinamitar la paciencia de los principales accionistas. Los libros de largo recorrido del sello de Olivia eran la cantera ideal para seguir financiando las ediciones de lujo que tanto apasionaban a Malena. Con los dos sellos bajo su mando, no tendría que estar justificándose continuamente por los escasos ingresos que proporcionaban sus libros de coleccionista.

«Absolvamos a nuestros lectores de lecturas inútiles...» repitió Olivia rememorando a Boix mientras repasaba los catálogos de la última feria de Frankfurt e iba descartando, uno a uno, los libros de las principales editoriales extranjeras. Ninguno de ellos le convenía lo suficiente. No tenía presupuesto para invertir en muchos

títulos extranjeros, así que debía atinar y escoger bien. Claro que también podía copiar alguna idea y encargar la redacción a uno de sus colaboradores; después bastaría con poner un seudónimo atractivo en la portada, un nombre inglés o alemán preferiblemente. Quizá no era lo más ético, pero esas cosas se hacían para equilibrar la balanza de gastos.

—Diferentes títulos para los mismos temas de siempre —se dijo aburrída a sí misma al tiempo que la boca se le abría en un bostezo—. El mismo perro con distinto collar.

Parte de su trabajo consistía en rastrear el mercado internacional en busca de traducciones susceptibles de convertirse en éxito de ventas o en libros de fondo para el catálogo, pero también en buscar autores nacionales que pudieran defender sus libros y hacer campaña promocional. Y entre ellos tenía sus preferidos. Así que, cuando la recepcionista le anunció la visita de Gloria, suspiró aliviada. Quizá venía a entregar su nuevo libro y con él podría salvar un trimestre justito de novedades interesantes.

—El siete de oros. No está mal. No está nada mal... —dijo Gloria con la mirada fija en la carta que Olivia había elegido al azar de la baraja española que siempre llevaba consigo.

Olivia sonreía mientras hojeaba el manuscrito encuadernado en espiral que había traído Gloria con su última obra: *Coaching mágico para conquistar tus objetivos*. Como siempre, estaba impecable.

Gloria era, con diferencia, la persona más inteligente que Olivia conocía. Dominaba cinco idiomas, había dado la vuelta al mundo varias veces y era capaz de leer un libro de trescientas páginas de una sola sentada. Antes de escribir obras de tarot y esoterismo —o realidad mágica, como ella lo llamaba— había trabajado como ejecutiva en una importantísima empresa de telefonía. Lo dejó justo cuando alcanzó el puesto más alto al que podía aspirar una mu-

jer en aquella compañía: Directora General de Comunicaciones. «Ningún alpinista se instala en la cima una vez la corona —alegó en su dimisión—. Necesito descender antes de que consuma todo el aire.» A Olivia le encantaba esa historia y comprendía perfectamente sus motivos. A punto de cumplir los cincuenta, había decidido reservar su oxígeno para cosas más importantes. Desde entonces, invertía su tiempo en escribir y en «explorar los límites de su don» (pertenecía a la cuarta generación de una saga de brujas muy poderosas).

Olivia se detuvo en algún párrafo para degustar su estilo ágil y fresco, antes de que la autora le llamara la atención.

—¿Quieres hacerme caso y dejar eso para más tarde, niña? Ya tendrás tiempo de leerlo. Ahora escucha...

Olivia cerró el mamotreto de trescientas páginas y cruzó los brazos sobre la mesa como una niña aplicada después de una reprimenda.

—Está bien. El siete de oros. Continúa —dijo con una sonrisa.

Las visitas de Gloria tenían lugar no más de cuatro o cinco veces al año, pero siempre repetían el mismo ritual: traía un delicioso pastel casero y mientras lo degustaban con un café de la Nespresso instalada en la biblioteca, Olivia barajaba sus cartas y extraía una al azar.

—El siete es un número voluntarioso y decidido que camina con paso firme. El oro es éxito y recompensa. Unidos simbolizan éxito material, suerte y progreso. Es el momento de recoger frutos... Esta carta te anima a perseguir tus objetivos y a mantenerte despierta en el camino.

A Olivia le encantaba escucharla por la vehemencia de su voz y la fuerza que transmitían sus palabras. Tenía el don de hacer que se sintiera bien. Además, confiaba en ella y por eso se animó a confesarle su último logro.

—¡Siete oros como siete soles! —dijo triunfal sin poder conte-

ner la emoción mientras le mostraba otra copia del libro que horas antes había entregado al traductor.

En ese mismo momento, se oyeron tres golpecitos a modo de llamada y la nariz respingona de Malena asomó tras la puerta.

—Disculpad, chicas, pero necesito un café.

Cuando se compró la cafetera para el departamento fue idea de Malena que se instalara en la biblioteca. Y ahora Olivia entendía el motivo. De esta manera tenía coartada para irrumpir en sus citas y fisgonear cuando le viniera en gana. Como Malena disponía de una amplia mesa de reuniones en su despacho, Olivia jamás se enteraba de lo que ella se traía entre manos... Tampoco se hubiera atrevido jamás a interrumpirla en plena reunión de trabajo.

—¡Jon Sunman! —exclamó Gloria al ver el ejemplar sobre la mesa—. ¡No puedo creerlo! ¿Has conseguido los dere...? ¡Ay! ¿Y esa patada?

Olivia abrió mucho los ojos para indicarle que callara y señaló a Malena con el mentón, que en ese momento estaba de espaldas a ellas, eligiendo un café del recipiente cuadrado de cristal que contenía las cápsulas de colores.

—¡Vaya Oli! —se giró Malena de repente—. ¡Menuda sorpresa! ¡El gran Sunman en Venus Ediciones!

Olivia no pretendía esconder la noticia eternamente a Malena. Tarde o temprano se iba a enterar; sobre todo si finalmente se confirmaba la visita del autor a Barcelona. Pero cuanto más tardara en saberlo, mejor para ella. Los últimos acontecimientos las habían convertido en rivales más que en compañeras. Y aunque la negociación con el agente de Sunman en España estaba cerrada, y sólo ella conocía los detalles, aún quedaban algunos flecos sueltos y no estaba dispuesta a subestimar a su contrincante.

—Bueno, sí. Estoy en ello... Es posible... —mintió.

—Es un peso pesado, Olivia, ¿crees que lo conseguirás tú sola? —dijo Malena con un fingido tono de preocupación.

—Me las arreglaré.

—Si necesitas ayuda con tu inglés, o lo-que-se-a, cuenta conmigo. Para algo están las compañeras, ¿no? Recuerda que las dos re-mamos en el mismo barco.

Olivia se limitó a sonreír forzosamente. Le fastidiaba ese aire de superioridad que Malena utilizaba para poner en evidencia sus carencias. Desde luego no tenía un máster en literatura inglesa como ella, pero con su título *Advanced* se las arreglaba muy bien... Y si no, para algo estaban los intérpretes. Eso le hizo pensar de nuevo en Javier; si Jon Sunman venía a Barcelona, no estaría de más contratar sus servicios como traductor en las primeras citas. Después, una vez ganara confianza, podría arreglárselas muy bien solita... Además, se moría de ganas por estar a solas con Sunman. ¡Dios! ¡Sunman en Barcelona, en su despacho, quizás en su restaurante favorito compartiendo una cita!

—Gracias, Malena. Cierra la puerta cuando salgas, por favor —contestó Olivia cortante mientras Malena se alejaba con paso lento, dejando tras de sí un denso y aterciopelado aroma a café recién hecho.

—Ten cuidado, Olivia —sentenció Gloria—. Esta chica es la viva imagen de la ambición.

No había que ser adivina —ni siquiera muy intuitiva— para constatar tal hecho. Sin embargo, las palabras de Gloria hicieron que Olivia frunciera el ceño en señal de preocupación. Desde luego, tendría que estar alerta y no perder de vista a Malena.

—El poder constructivo del siete de oros podría volverse en tu contra si no mides bien tus fuerzas o ignoras los contratiempos —continuó Gloria golpeando suavemente el naipe con un dedo antes de guardarlo en su funda con el resto de cartas.

—Mmm... tus pasteles saben a gloria —dijo Olivia cambiando intencionadamente de tema mientras se llevaba un bocado de pastel de zanahoria y pera a la boca. ¿Se puede saber qué demonios les pones para que estén tan deliciosos?

—A ti te lo voy a decir... Antes tendrás que contratarme para hacer un libro de recetas mágicas y sabrosas. ¿No notas un poco el sabor de pelo de asno y pata de rata? —dijo Gloria divertida y presumiendo de bruja.

—Vale, vale, no sigas. No quiero saberlo... Volvamos al trabajo. Este libro tiene muy buena pinta, pero... ¡Es demasiado largo! ¿No podrías contar lo mismo en la mitad de páginas?

—Está bien. Lo intentaré. Pero lo haré por el pobre arbolito que dará su vida por mis palabras... Puestos a guillotinar mi obra, que sea por una causa noble —bromeó Gloria en tono melodramático.

A última hora de la tarde, Olivia recibió una llamada de su amiga Elena recordándole que aquella noche había «comité de crisis» en su casa.

—¿Sería tan amable de comunicarme con la presidenta de la compañía, doña Olivia Rojas? —escuchó nada más descolgar el auricular.

La voz de pito de Elena le hizo réir.

—Chica, ¿todavía estás ahí? Al final te harán presidenta de verdad.

—Claro, en cuanto me ligue al presidente y me case con él —contestó Olivia siguiéndole la broma.

—Lo tienes complicado. ¿Viste sus fotos en el *Hola* con Mia Smidt?

—¿La modelo? —preguntó Olivia alucinada.

—Sí, hija, cada vez nos sube más el listón este tío. Por cierto, ¿para cuándo una cena con él y tu querida amiga en tu casa?

Olivia soltó una carcajada al imaginarse al todopoderoso Max Costa en su minúsculo piso de Sants.

—A este paso, tú serás la responsable de que nunca conozca a la mujer de sus sueños...

—Yo soy la mujer de sus sueños —bromeó Olivia.

—¡Traidora! No te lo tengo en cuenta porque sé que esta noche nos vas a deleitar con tus platos. Lo recuerdas, ¿verdad? Hoy tenemos reunión de solteros sin fronteras.

—Ostras, ¿ya es jueves?

—Reina, pero ¿tú en qué día vives? Estaré en tu casa a las nueve y media. ¿Te va bien?

—Sí, sí, claro —contestó Olivia calculando que si salía en ese momento tendría el tiempo justo para comprar algunos congelados en La Sirena y una botella de vino en el súper.

—Habrà que animar a Carlos. Está muy deprimido por el tema de Polaroid. ¿Te has enterado de que dejan de fabricar los carretes?

—¿En serio? ¡Menudo drama!

Pensar en Carlos era pensar también en su Polaroid. Desde que se conocieron, Olivia nunca le había visto separarse de su cámara. Hacía varios disparos al día para capturar momentos perfectos y siempre le acompañaban libretas con instantáneas y comentarios anotados.

—Sí, chica, pero según como lo mires le vendrá bien para desengancharse.

—Haces que parezca un toxicómano —comentó Olivia divertida.

—Bueno, si a ti te parece normal que a cada momento tenga que hacer fotos con ese chisme... Y tú, ¿qué tal la semana?, ¿alguna novedad?

—Algo hay —contestó Olivia haciéndose la interesante.

—Cuenta ahora mismo.

—Deja que me lo reserve para esta noche. Para un día que tengo algo que explicar...

—Dame al menos el titular.

—Cómo se nota que eres periodista, chica. Está bien: «Jon Sunman en Barcelona».

—¿Quién es ese tío?

—¡Elena!

—Vale, vale, algún gurú zumbadillo de esos que te vuelven loca...

—No, nena, no. Algún gurú, no. EL GURÚ.

—Vale, vale, entonces deja al presi libre para mí, ¿no? No seas acaparadora.

—Está bien, el buenorro de Max Costa enterito para ti... y para la modelo sosa con la que sale.

—Porque aún no me conoce... —continuó Elena—. Bueno reina, nos vemos esta noche. Yo llevo el postre. Ciao.

—Ciao Helen.

Al colgar el auricular, Olivia sintió una mano sobre su hombro. Sus compañeros ya se habían ido a casa, así que se dio la vuelta esperando encontrarse con algún autor o colaborador inoportuno, de esos que se presentaban siempre a última hora y la obligaban a salir tarde para su fastidio.

—Olivia, ¿tienes un segundo?

La cara de Olivia palideció hasta volverse casi transparente al encontrarse con la figura imponente de Max Costa, el presidente de la compañía, frente a ella. Las piernas empezaron a temblarle. No sabía cuánto tiempo llevaba ahí, detrás de ella, escuchando la conversación, pero por una décima de segundo se imaginó de patitas en la calle.

—Claro... —balbuceó.

—Sólo quería decirte que hemos recibido el contrato del agente de Jon Sunman y que todo está en orden. Tal y como lo negociaste. Mi secretaria te pasará mañana una copia para que lo revises y nos aclares algún punto.

—De acuerdo —contestó conteniendo la respiración.

—Buen trabajo, Olivia.

—Gracias.

—Por cierto, quiero que informes a Malena de todos tus pasos. Trabajad juntas en esto. Ella puede echarte una mano.

«Al cuello, me va a echar esta tía una mano», pensó Olivia.

Y entendió que la visita del presidente estaba relacionada con el hecho de que Malena se hubiera enterado aquella tarde de la

negociación con Sunman. ¡A saber qué patrañas le habría explicado para que se presentara ante Olivia y le pidiera personalmente que contara con ella!

Si no se hubiera quedado petrificada por el temor de que hubiera presenciado su conversación con Elena, le habría pedido que le dejara llevarlo sola, que confiara en ella... Pero se sentía demasiado avergonzada como para reclamar nada.

Max Costa, vestido con un elegante traje negro de Armani y corbata gris, se alejó dejando a su paso una estela perfumada de maderas especiadas. Pero antes de cerrar la puerta, se giró hacia Olivia y dijo:

—Actriz.

—¿Cómo? —preguntó Olivia sin entender..

—Mia Smidt es actriz, no modelo.

—¡Mierda! —se quejó Olivia al quemarse mientras sacaba del horno la bandeja con el salmón.

Desde que había salido de Venus, había iniciado una carrera contrarreloj para llegar a tiempo, primero a la tienda de ultramarinos y después a casa, para preparar la cena. La opción de los congelados era algo que siempre funcionaba: rápido y lo suficientemente sabroso como para contentar el paladar de Elena y Carlos, que nunca se explicaban cómo Olivia era capaz de cocinar en tiempo récord esas deliciosas recetas. Ignoraban que el microondas y los cuatro toques de Olivia eran suficientes para conseguirlo. Mientras se descongelaba la ensalada de cuscús, el salmón —envuelto en papel de aluminio, estilo a la papillote, con una pizca de sal, pimienta y una ramita de romero—, se iba haciendo solito en el horno.

Le gustaba cocinar para sus amigos; sin embargo, aquel día no estaba de humor. No podía quitarse de la cabeza a su jefe, nada más y nada menos que el presidente de la compañía, pillándole

mientras chismorreaba sobre él al teléfono. ¡Qué vergüenza! ¿Qué pensaría de ella? Estaba claro que aquello le pasaría factura de una manera u otra.

Además estaba la víbora de Malena, quien había conseguido meter su asquerosa nariz en sus asuntos.

Tenía una extraña sensación en el estómago, una mezcla de angustia —por el estrés de las últimas semanas— y emoción premonitoria, que no le permitía concentrarse en lo que estaba haciendo. Se chupó el dedo para aliviar el dolor y, justo cuando se dirigía al lavabo a buscar una pomada para las quemaduras, sonó el timbre.

Antes de abrir la puerta, Olivia echó un vistazo rápido al salón para comprobar que todo estaba en orden. El fin de semana había pasado el aspirador por el parqué y había lavado las cortinas y las fundas beis del sofá. La estancia era de un estilo muy simple, con paredes blancas y algunos muebles de pino que ella misma había personalizado con un barniz blanco.

Elena alargó una mano para que Olivia pudiera liberarla de algunos bultos: su bolso, un paquetito envuelto en papel de pastelería y atado con un lazo rojo, y un osito de peluche. Con el otro brazo sostenía a la pequeña Nora, que dormía plácidamente con la cabecita apoyada en el hombro de su madre.

—La canguro ha vuelto a fallarme. —Se disculpó muy bajito mientras seguía a Olivia hasta su dormitorio y depositaba a la niña sobre la cama.

Ya en el sofá, mientras esperaban a Carlos, Olivia sirvió una copa de vino a su amiga y se abrió una Coca-Cola para ella. El contacto de la lata helada con su dedo dolorido le sirvió para calmar la quemazón.

Elena era la persona de aspecto más camaleónico que Olivia conocía. Podía hacer apenas unos días que no la veía, que siempre la encontraba distinta. Por eso no le sorprendió demasiado su nuevo color de pelo rojo intenso. La verdad es que le favorecía. Reco-

gido en una coleta y con flequillo, en contraste con sus ojos azules, le daba un aire de hada traviesa.

—¿Cuánto tiempo hace que nos reunimos el «comité de crisis»? —preguntó Elena a la vez que acercaba su copa al refresco de Olivia a modo de brindis.

—Pues... Déjame pensar... Nos conocimos hace diez años, cuando coincidimos en Vilma. Tú estabas de redactora y Carlos de diseñador gráfico cuando yo entré como becaria en la revista.

—Sí. ¡Qué bien nos lo pasábamos!, ¿verdad?

—Pero lo del «comité de crisis» fue a raíz de tu separación... —añadió Olivia arrepintiéndose al instante de sus palabras.

Era un episodio doloroso, que le había costado mucho superar a su amiga y, aunque había llovido mucho desde entonces, no solían hablar de ello.

—Lo siento... —se disculpó Olivia.

—No te preocupes. Ya está más que superado —contestó Elena sin darle importancia—. Recuerdo que coincidió con la ruptura de Carlos con aquella chica... ¿Cómo se llamaba?

—Mireia. Se cansó de las rarezas de Carlos —dijo Olivia recordando a una chica demasiado formal y clásica para el espíritu alocado de su amigo.

Carlos era pura contradicción: intelectual, apasionado del arte y asiduo a las salas de cine alternativo, pero también lector compulsivo de cómics de superhéroes y adicto a cualquier artilugio electrónico de diseño. Su principal rareza era su amor por los retratos antiguos y las polaroid.

—Tú te pasabas el día consolándonos a los dos... Por suerte los momentos críticos han pasado y ahora estamos súper bien —dijo Elena cogiendo cariñosamente la mano de su amiga.

—Sí, y súper solas y solteras a los treinta y tantos.

—No seas antigua... Ya no se dice solteras, sino «singles».

—Claro... —contestó Olivia mientras se dirigía a abrir la puerta. Acababa de sonar el timbre anunciando la llegada de Carlos.

—Además, ¿para qué queremos un hombre si todos son unos...?

—¿Qué es esto? —exclamó Carlos desde la entrada—. ¿No he cruzado la puerta y ya me estáis criticando?

—Shist, shist, Nora está durmiendo en la cama de Olivia —se quejó Elena indicando a Carlos que bajara la voz.

—¿Y la canguro china? —preguntó él mientras depositaba su abrigo largo y una mochila de cuadros sobre el sofá.

—¿Hai Lin? No se ha presentado.

—Pero ¿todavía sigues con ella?

—Seguía. Pero desde hoy ya se puede ir buscando un restaurante o un «todoacién» para ganarse la vida.

—Mejor —sentenció Carlos—. No entiendo cómo dejabas a Nora con ella, si ni siquiera habla una palabra de español.

—Lo hacía por ella. Para que aprendiera un poco de chino... Por algo es el idioma más hablado, ¿no?

—Pero si sólo tiene tres añitos... —intervino Olivia.

—Pues precisamente por eso. Dicen que es bueno que a los niños de menos de tres años se les hable en varias lenguas, porque así se familiarizan con la fonética y luego, de mayores, les cuesta menos aprender idiomas.

—Así que lo hacías por eso...

—Por eso y porque es lo único que puedo permitirme. ¡Pero sois unos exagerados! Puede que no hablara español, pero lo entendía todo.

—¿Y eso cómo lo sabes? —preguntó Olivia con picardía.

—Porque sonreía y asentía con la cabeza cuando le preguntaba. Además, mi hija le adora... Sí hasta se ha aprendido la canción de la Heidi.

—Eso es japonés, no chino —dijo Carlos mirando a Olivia y contagiándose de la risa de su amiga.

—Es igual, chicos. Me conformo con que mis dos mejores amigos me hagan algún canguro de vez en cuando... Por cierto, Olivia, resérvate el viernes catorce, que tengo una cita.

—¡Una cita! —exclamaron los dos a la vez.

—Con mi peluquera —añadió Elena con resignación.

Ya en la mesa, los dos mostraron su entusiasmo por los platos que iba sirviendo la anfitriona. Dispuesta en una fuente de cerámica pintada a mano, la ensalada de cuscús tenía un aspecto todavía más apetitoso. Lo mismo ocurría con el salmón que Olivia había acompañado con una base de patatas y cebolla. Los platos despertaron el aplauso literal de los dos amigos, y Carlos disparó su polaroid para retratar la mesa.

A pesar de lo diferentes que eran entre sí, existía una gran complicidad entre ellos, forjada a través de años de amistad y confianzas compartidas.

—¿Y qué piensas hacer sin carretes polaroid ahora que dejan de fabricarlos? —preguntó Elena.

—De momento tengo la nevera llena...

—¿Y no caducan?

—Sí, pero incluso caducados, las fotos son geniales. Salen en unos tonos azulados o anaranjados muy artísticos. De todas formas, aún quedan existencias en las tiendas y como dejan libre la licencia, alguna firma las seguirá produciendo... Espero.

—Seguro que sí —dijo Olivia convencida, quitándole la cámara de las manos a Carlos y tomando una instantánea de sus amigos.

Olivia contempló embelesada cómo las dos figuras iban apareciendo mágicamente en el papel. Después, se fijó en el aspecto retro de Carlos. Llevaba unas gafas de pasta negras y un corte de pelo escalado con flequillo hacia un lado. Su indumentaria: un jersey negro de lana fina y cuello vuelto, unos pantalones grises con estampado príncipe de Gales y unas deportivas rojas, hizo que Olivia reflexionara en voz alta:

—Con este *look* pareces un auténtico bobo.

—Gracias, Miss Simpatía —contestó Carlos sorprendido por el comentario.

Olivia se rió de sus propias palabras y le aclaró la confusión:

—Me refería al «hombre bobo» del que ahora tanto hablan las revistas de moda.

—Auuuu —aulló Carlos confundiendo el término a propósito.

A Olivia le hizo tanta gracia que no fue capaz de seguir con la explicación.

Al ver a su amiga desternillándose de la risa, Elena continuó:

—Sí, hombre, ¿no has oído hablar del libro *Bobos en el paraíso*? —comentó mientras cortaba el salmón a daditos—. Bobo viene de *Bourgeois and bohemian* (burgués y bohemio). Los *yuppies* han pasado a ser unos horteras; ahora lo que se lleva es ir de bohemio desenfadado, pero con pasta y ropa cara.

—Vaya, así que ahora «bobo» quiere decir «triunfador moderno» y no «imbécil»... —reflexionó en voz alta Carlos—. Y yo cabreado porque pensaba que mi jefe me había perdido el respeto.

—Hablando de jefes... —intervino Olivia antes de explicarles con todo detalle lo ocurrido esa tarde con Max Costa en Venus Ediciones.

Los dos amigos escucharon perplejos y no pudieron evitar abrir mucho la boca cuando Olivia pronunció la frase final de su jefe haciendo referencia a la profesión de su novia.

—¡Menuda pillada! ¿No te querías morir? —exclamó Carlos.

—Todo esto se traducirá en un ascenso —concluyó Elena.

—¿Estás loca? Dije que está buenorro, que soy la mujer de sus sueños y que su novia es una sosa.

—En eso último la cagaste, pero todo lo demás es perfecto. Si hasta ahora apenas sabía de tu existencia, ahora se fijará más en ti. Has llamado su atención, has tocado su orgullo de seductor y, lo mejor de todo, ha sido accidentalmente.

—Pues yo no entiendo nada —confesó Carlos apurando los últimos sorbitos de su copa—. ¿Qué tiene que ver eso con un ascenso?

—Mucho —continuó Elena completamente convencida de su razonamiento—. Ahora estará mucho más atento a tus movimientos. Comprobará que pasas tu vida en la oficina, que estás detrás de cada libro, pendiente del mínimo detalle para que todo salga bien y que mereces ocupar el puesto que dejó tu jefe vacante... Mientras tanto, querrá saber más de esa chica tan mona que lo considera un *sex symbol*.

—No exageres... —dijo Olivia, que no compartía en absoluto la teoría de su amiga—. Lo más probable es que piense que soy una chismosa. Si no me ha despedido en el acto ha sido por todo el tema de Sunman.

—¿Jon Sunman? ¿El de *Todo lo que se desea con amor es posible*? —preguntó Carlos perplejo citando su único libro publicado en español.

—El mismo —contestó triunfal Olivia sorprendida de que Carlos lo conociera.

—¿Qué pasa? ¿Soy el único bicho raro en este mundo que no conoce a ese tío? —preguntó Elena.

Que Elena no hubiera oído hablar nunca de él no era en absoluto extraño. Sunman era muy conocido entre los lectores de libros de autoayuda y superación personal, y ella jamás había abierto uno. Además, con Nora y su ajetreada vida personal, llena de actividades para *singles*, apenas tenía tiempo de leer la prensa, y no fue testigo del revuelo que se originó con su anterior libro, en el que los principales diarios del país publicaron entrevistas con él. A pesar de ser periodista, su universo giraba en torno al mundo infantil: era la redactora jefe de dos revistas para niñas: *Barbie* y *Pequeño Poni*.

—¿Vais a publicar un libro de Sunman? —continuó Carlos ignorando el comentario de Elena.

—Sí. *Los siete soles de la felicidad*. En Estados Unidos ya ha sido un éxito de ventas.

—¡Uau! ¡Me encanta este autor! ¿Cómo es esa frase suya...?

—dijo Carlos tratando de recordar—. «Somos seres divinos destinados a...

— ...consagrarnos a nuestros sueños.»

Olivia conocía muy bien todo lo relacionado con Sunman. No sólo porque su trabajo requería que estuviera a la última de todos los autores del género, sino también porque era fan absoluta. Había seguido de cerca todo lo que se había publicado de él, se sabía de memoria párrafos enteros de su anterior libro y —esto jamás lo confesaría ni a sus amigos— llevaba una foto de él con un corazón en su agenda.

Después de la cena, siguieron charlando y riéndose acomodados en el sofá hasta bien pasadas las doce. Elena y Carlos se habían bebido ya todo el vino y decidieron que había llegado el momento de irse a casa. Carlos les regaló algunas fotos de la velada y le prometió a Olivia que se pasaría pronto por la editorial para mostrarle algunas ideas de portada para el libro de Sunman. Trabajaba en un estudio de diseño muy conocido y aunque sus honorarios se escapaban del presupuesto de Olivia, en ocasiones colaboraba con ella adaptándose a sus tarifas. Elena salió de la habitación con Nora en brazos y le lanzó un beso a Olivia antes de cerrar cuidadosamente la puerta.

Aquella noche, Olivia no podía dormir. Se sentía excitada por los últimos acontecimientos y no conseguía conciliar el sueño. De repente, echó en falta tener a alguien a su lado a quien abrazar en la complicidad de la noche, alguien a quien poder explicarle sus inquietudes, sus sueños... Hacía más de dos años que no tenía pareja; dos años que no notaba una mano en su mano, unos labios sobre su piel, cabellos entre sus dedos... No encontraba placer más delicioso que aspirar el aroma embriagador y único de la piel de un hombre contra la suya. Y ya no recordaba a qué olía eso.

Lo más curioso es que no echaba de menos a Ramiro, al contrario, alejarse de él fue la decisión más acertada que había tomado en su vida. Nunca fueron una pareja convencional. Su relación se reducía a un encuentro a la semana en el que, básicamente, se acostaban. Al principio, a los dos les iba bien. El trabajo ocupaba el resto del tiempo que les correspondía como pareja. Ramiro dirigía su propia empresa de publicidad y siempre dejó claro que era su prioridad absoluta. Le había costado mucho conseguir clientes importantes que le confiaran sus campañas; así que el trabajo se convirtió en algo parecido a una obsesión, con la cual Olivia no pudo competir. Jamás fantaseó con vivir con él, pero sí con hacer cosas razonables de enamorados como salir a pasear, cenar en un restaurante bonito, ir al cine... Y sus encuentros siempre se producían en el mismo escenario: su casa, su cama. El día que Olivia le pidió que le acompañara a una fiesta familiar y él se negó, alegando trabajo, por fin se dio cuenta de que aquella relación no iba a ningún sitio. Necesitaba algo más. Le gustaba sentirse libre, pero no sola.

Olivia había pasado los dos últimos años concentrada en su trabajo, aprendiendo de Ricardo y poniendo a prueba sus dotes de mando. Su jefe confiaba y delegaba en ella multitud de funciones: desde hacer presupuestos para determinar la rentabilidad de un libro hasta el trato con autores y colaboradores. Entre ellos tenía fama de persona dulce, amable y generosa, pero también de exigente y controladora. Ricardo lo sabía y solía definirla como «mano de hierro, guante de seda».

De no ser por Elena y Carlos, la vida de Olivia hubiera girado de forma exclusiva en la órbita de Venus. Por suerte, sus amigos se preocupaban de ella y llenaban su tiempo libre. Curiosamente, a pesar de ser una persona alegre e independiente, aquella noche, después de que sus amigos se marcharan, se sintió triste y profundamente sola.

Para: «Olivia Rojas» orojas@venusediciones.com

De: «Agencia literaria Goldbooks» infoage@goldbooks.com

Asunto: próxima visita de Jon Sunman

Apreciada Olivia,

Me alegra comunicarte que el Sr. Jon Sunman visitará próximamente Barcelona con motivo de una serie de conferencias a las que ha sido invitado en la ciudad.

Coincidiendo con la cesión de derechos de *The Seven Suns of Happiness* a vuestra editorial, nos gustaría mucho que asistieras para conocerlo en persona y tratar las cuestiones que consideres oportunas sobre su libro.

Aunque todavía esté en proceso, quizá pueda aprovecharse su estancia para hacer algún tipo de trabajo promocional.

Me ha pedido que organice una cena informal contigo el primer día de conferencia, el 14 de noviembre, ¿podrías encargarte?

Seguiremos en contacto...

Un abrazo,

Éric Feliu

Habían pasado dos semanas desde aquel e-mail. Durante ese tiempo, Olivia había recibido dos mensajes más de Goldbooks confirmando el día de llegada de Sunman y la visita que haría a la editorial. Y aquel día era mañana. Ya lo tenía casi todo ultimado para el gran momento. Javier había traducido ya el primer capítulo, y estaba más que contenta con el resultado. El primer sol, bajo el título «Bendice tus fracasos», brillaba con fuerza, y ya tenía reserva en un restaurante de cocina mediterránea situado cerca de su hotel para el día siguiente, justo después de la primera conferencia.

Aquella mañana Olivia empezaba a acusar el cansancio de las últimas semanas. Al estrés de los preparativos de Sunman se unía la entrega de dos libros ilustrados para la campaña de Navidad: *Wabi Sabi en el hogar* y *Reiki, la energía del universo*. Ambos habían requerido un gran esfuerzo por parte de todo el equipo, que

el día anterior se había quedado corrigiendo las últimas pruebas hasta bien entrada la noche. Así que todos, excepto Olivia, se habían tomado la mañana libre. Aunque apenas había dormido y tenía una pinta horrible, Olivia se acercó a Venus Ediciones con el propósito de irse a media mañana, para darse un baño relajante y visitar a su peluquera. Su pelo pedía a gritos un arreglo. Tampoco había tenido tiempo de ponerse las lentillas o de maquillarse un poco, así que estuvo a punto de soltar un grito cuando el espejo del ascensor le devolvió asqueado su reflejo.

«Menuda pinta —pensó—. Menos mal que hoy no tengo ninguna cita programada.»

Mientras contestaba los e-mails del día, Olivia sintió unos pasos que se acercaban acompasados por el silbido de unas ruedecitas deslizándose por el suelo. Olivia pensó que se trataba del repartidor que traía libros del almacén cada dos semanas y, sin apartar la vista del ordenador, le hizo una señal con la mano para que descargara junto a la ventana. Pasaron algunos segundos antes de que Olivia levantara la mirada por encima de sus gafas y se encontrara, por fin, con el rostro iluminado de Jon Sunman, mirándole fijamente a los ojos, con una encantadora sonrisa.

Olivia se restregó los ojos como si de una alucinación se tratase y durante unos segundos enmudeció. De entrada, era el hombre más guapo que había visto en su vida. En persona superaba con creces las altas expectativas de sus fotos. Su rostro bronceado hacía que sus ojos, azules como un cielo de verano, brillaran de forma irreal. Olivia nunca había visto unos ojos así. Quizá sí en el cine, pero nunca en directo, tan de cerca...

De un brinco, se levantó de la silla y se plantó frente a él. Le pareció muy alto —rozaba el metro noventa— y le impresionó su constitución atlética. Había leído que, antes de dedicarse a dar conferencias por todo el mundo y a escribir libros de autoayuda, había sido nadador olímpico; pero de eso hacía más de diez años. Tenía exactamente treinta y ocho, pero su piel tersa y su pelo on-

dulado rubio oscuro, con mechones claros, cayendo hasta sus hombros, le daban un aspecto muy fresco y juvenil.

Había imaginado mil veces ese momento. La escena mental era perfecta: ella se mostraría encantadora, bien maquillada y peinada, con un vestido lila que se había comprado para la ocasión. Tenía incluso pensado un discurso en inglés, que había repasado una y otra vez en su cabeza. Sin embargo, en aquel momento, tan sólo una frase poco apropiada se sublevó de sus pensamientos y escapó de sus labios de forma incontrolada.

—Dios mío... ¡Qué guapo! Quiero decir que... —Olivia sonrió nerviosa extendiendo su mano a modo de saludo y empezó a balbucear en inglés—: *Nice to meet you. I didn't wait you since tomorrow, but... esto... yo... I... How...?*

—¿Olivia Rojas?

A Olivia le sorprendió lo bien que había pronunciado su nombre, casi sin acento americano y por un momento se temió lo peor...

—*Yes, yes, Mr. Sunman... I'm Olivia...*

—Me temo que hablo español —contestó desplegando todavía más su sonrisa y mostrando unos dientes blanquísimos.

—Vaya, qué sorpresa... —contestó Olivia mientras sentía un calor abrasador en las mejillas y en las orejas—. No sabía que...

—Mi abuela era española, de la Mancha, como Don Quijote —dijo en perfecto español, pero con un ligero acento californiano, que se hacía más evidente en las jotas y las eñes—. Me gusta el idioma de Cervantes. Se puede decir que es mi segunda lengua.

A Olivia le sorprendió no haber leído ese detalle en ninguna entrevista ni biografía. A pesar de poderse expresar libremente en su idioma, después de haber metido la pata de esa manera, no sabía cómo reconducir la conversación.

En ese momento apareció Malena en escena. Como siempre, lucía espectacular. No era una mujer especialmente guapa, pero destilaba encanto y personalidad y, desde su divorcio, hacía ape-

nas unos meses, había acentuado sus dotes de seducción. Recién cumplidos los cuarenta, su aspecto cuidado y su melena de mechadas rubias le hacían parecer más joven. Además, poseía un gusto exquisito para la ropa y todo le sentaba de maravilla. Llevaba un traje gris perla de Zara, pero combinado con una blusa de seda rosa palo y un collar fucsia de cristallitos de Swarosky, parecía en su cuerpo un modelo exclusivo de algún diseñador de prestigio.

Como además era alta, al lado de Jon parecía la *partenaire* ideal del protagonista de una película de amor y lujo *made in Hollywood*. En su perfecto inglés. Malena se dirigió a Sunman de forma encantadora, le ofreció su mano y se inclinó hacia él para darle dos besos. Se había pintado los labios de rojo intenso, así que aprovechó la excusa para rozar su rostro con la palma de su mano y retirarle los restos de carmín. Se había aprendido muy bien el guión y no dejaba de parlotear en inglés y de sonreír.

Olivia presenciaba todo aquello como si se tratara de una película en la que no tenía frases. Sencillamente la escena no iba con ella. En un momento de la secuencia, Malena se giró hacia ella y le dijo entre dientes:

—¿Por qué no me dijiste que estaba tan bueno?

Olivia se encogió de hombros y sonrió para sus adentros cuando Jon le guiñó un ojo y siguió la corriente a Malena, quien empezó a interesarse en inglés por su viaje desde California.

Ya no le hizo tanta gracia cuando Malena le tomó del brazo y le arrastró suavemente hacia la salida, con la excusa de guardar la maleta e invitarle a un café.

—Olivia, no te preocupes por nada... Yo me encargo de Jon. Tú vete tranquila a casa y descansa. Tendrás tiempo de hablar con él. He reservado mesa en el Paradís para cuatro. Mañana, después de la conferencia.

Los dos desaparecieron por la puerta seguidos de la maleta negra que arrastraba Jon. Olivia se imaginó a Malena acompañándolo hasta el hotel y sintió cómo su cara se teñía de rojo, esta vez de furia.

Más tarde, mientras tomaba un baño con sales de lavanda en su casa, Olivia se sintió tranquila. Malena le había pillado fuera de juego en el primer asalto: cansada y desaliñada; pero no se lo iba a poner tan fácil la próxima vez. Sonrió al recordar a Jon guiñándole un ojo y siguiendo la corriente a Malena. También se acordó de que le había chafado la cena que había reservado para el día siguiente con Jon en su restaurante favorito. Malena había hablado de cuatro personas... Y a Olivia no le costó mucho descifrar la identidad del cuarto comensal: Max Costa. Invitando al presidente, Malena se aseguraba su presencia después de la conferencia y anulaba cualquier plan que hubiese hecho Olivia.

—Qué lista es esta Malena —pensó mientras se ponía el pijama.

En aquel momento las palabras de Gloria, la tarotista, refiriéndose a la carta que Olivia había escogido al azar, vinieron a su mente y cobraron sentido: «El poder constructor del siete de oros puede volverse autodestructor si no mides bien tus fuerzas o ignoras los contratiempos».

Estaba claro que no debía infravalorar a Malena o perderla de vista. Había luchado mucho por conseguir los derechos de *Los siete soles*, y no estaba dispuesta a compartir el éxito con su rival... Y mucho menos, a permitir que Jon se convirtiera en un trofeo para Malena. Él era «su» autor, «su» invitado... y la persona que más pensamientos ocupaba en «su» mente desde hacía algún tiempo.